

PRESENTACIÓN

En julio del año 1996, en el Papel Literario del diario *El Nacional*, apareció un enunciado que habría de tocar a profundidad mucho del pensamiento universitario de la época: **“Para investigar hay que estar enamorado”**. Nelson Rivera entrevistaba en esa ocasión al filósofo, filólogo, pensador y docente universitario José Manuel Briceño Guerrero. La frase recogida entre el cúmulo de opiniones ingeniosas daba título a la página y al mismo tiempo ponía en el centro de la discusión un problema clave: el por qué y para qué de la labor de investigación en una realidad tan cambiante y azarosa como la nuestra.

Al volver al espíritu de esa entrevista, vemos a un Briceño Guerrero que mira la universidad venezolana después de 35 años de recorrido en aulas, libros, conferencias y cursos libres a la usanza griega donde el maestro disertaba sobre un tema bajo la sombra de un árbol. Briceño Guerrero apuntaba cosas tan dolorosas como ésta sobre la universidad como institución y como práctica social: “Hay una obsesión por lo inmediato y todo lo que no tiene ese interés queda fuera de foco, de visión”.

Hay un momento en el que el entrevistador Nelson Rivera va al centro del problema con una pregunta incisiva y sin matices: “¿Cómo puede mantener un investigador un estándar de trabajo en medio de un ambiente tan adverso, donde impera lo inmediato, lo banal, la mercantilización de todos los intercambios?”. Y Briceño Guerrero responde con unas palabras que parecen venir desde los más antiguos vestigios de la sabiduría:

“Sería imposible si no hubiese apasionamiento, incluyendo el amor. Yo estudio por enamoramiento, y un enamoramiento muy parecido al enamoramiento que uno siente por una mujer, que desea verla consciente. Es un compromiso emocional que debe vencer el silencio alrededor del investigador. Es muy fuerte que uno vea que no tiene posibilidad de intervenir en nada. Quedar como testigo, casi como extranjero de su propio país, sin poder participar siquiera en las pequeñas decisiones

para las cuales uno está especialmente capacitado. Y no se trata de estar capacitado para algo, sino del espacio que podría significar lo político. Lo académico queda como una especie insignificante. Yo he querido comprender esto. Transformar la frustración y el dolor en un templo de comprensión. Como una alquimia interior, y transformar el dolor es comprensión, porque no puedo transformarlo en más nada”.

Investigar por apasionamiento; compromiso emocional sobre aquello que es nuestro objeto de amor; frustración y dolor transformados en templos de comprensión. ¿Qué hay detrás de frases tan propias de un discurso idealista? ¿Acaso en un investigador persiste y debe persistir la esencia de un romántico cuyo único horizonte es la pasión? ¿De qué materia incomprensible está rodeada la investigación? El célebre poeta y pensador alemán Friedrich Hölderlin dijo en su momento algo tan fundamental como lo siguiente: “El mayor mérito del investigador es descubrir y hacer patente el *ser-ahí*. La explicación es para él el medio, el camino hacia la meta, el fin próximo, nunca el último. Su fin último es lo que no se deja explicar: lo irresoluble, inmediato, simple”.

Volvemos a la frase de Briceño Guerrero porque tal vez estar enamorado y afanzarse en ese enamoramiento por lo que se estudia, se indaga, se deduce o se explora, es en el fondo transitar infinitamente hacia ese fin último que no se deja explicar y nos mantiene hechizados.

En la textura de estas reflexiones sobre la investigación aparece el nuevo número de la Revista “Académica”. Con este volumen iniciamos y celebramos el quinto año de una publicación que página a página ha venido consolidando un corpus de estudio significativo dentro de la Facultad de Humanidades y Educación de nuestra Universidad del Zulia.

En esta oportunidad valoraremos dos aspectos esenciales: el primero, de orden temático porque todos los artículos tocan en sus variantes de indagación la relación de la educación con la ecología. La aparición de un tópico como la educación ambiental, la urgente necesidad de estudiar al individuo como parte de la naturaleza y la preocupación por las relaciones entre ciencia e individuo, toman por asalto las páginas de la revista y generan las claves para un diálogo mayor en el escenario universitario. El segundo, de carácter humano, porque desde la Revista “Académica”, reconocemos la labor de la Dra. Molly González quien desde los espacios de la Maestría en Enseñanza de la Biología viene configurando equipos de trabajo comprometidos con la labor de investigación. Muchos de los trabajos acá presentados tienen sus observaciones y recomendaciones y gozan del prestigio que todo profesor titular debe impregnar a sus hallazgos.

Queda de parte del equipo editorial soñar con la posibilidad de que muchos de estos trabajos sean como dice Briceño Guerrero, templos de comprensión. Sólo a través de ese proceso de revisión de todo aquello que limita y rompe la imaginación y nos conduce a las repetidas calles de la inmediatez, podremos salir a flote y respirar, finalmente, con cierta dignidad.

Prof. Mario Morales

Editor Asociado